

El remedio

El cliente abrió la puerta con innecesaria precaución, compuso una sonrisa extraña, como recién estrenada, y avanzó por el pasillo.

-He escuchado por ahí - comentó invadiendo el espacio del mostrador - , que usted... - volvió la cabeza y miró a un lado y a otro para estar seguro de que estaban solos en la farmacia. El farmacéutico era un hombre de edad imprecisa, pequeño, resuelto, de ojos muy vivos. No había nadie más; pero, de todos modos, el cliente bajó la voz -:. He oído que usted dispone de un veneno que no deja rastro.

El farmacéutico asintió con un movimiento apenas perceptible. Salió del mostrador, cerró la puerta principal con llave, dio la vuelta al letrero que colgaba del cristal, y se dirigió hacia el vano que daba a la rebotica.

-Estaba a punto de prepararme un café - explicó - Acompáñeme a tomar una taza.- El cliente le siguió a un pequeño cuarto en la parte posterior, cubierto por estantes de botellas y remedios, desde el piso hasta el techo. El farmacéutico conectó la cafetera, extrajo dos tazas de un armarito y las depositó en una diminuta mesa provista de dos sillas enfrentadas. Hizo una indicación al cliente y éste tomó asiento.

-Bien - señaló -, dígame, ¿a quién desea usted matar y por qué?

El cliente dio un respingo. Había sorpresa e irritación en su rostro.

-¿Acaso importa? ¿No es suficiente con que le pague por...?- El farmacéutico le interrumpió levantando una mano.

- Importa, naturalmente. Debo estar convencido de que usted merece lo que puedo darle. Ahora, si no está de acuerdo... - se encogió de hombros.

- Muy bien – aceptó el cliente, resignado—. Se trata de... - Y comenzó a relatar su terrible padecimiento por culpa de una insospechada interacción con un nuevo compañero de trabajo “de inclinaciones antinaturales”, con resultado de pérdida gradual de la virilidad, “contaminación de una mente antes limpia y ordenada”, y desmoronamiento de un matrimonio consolidado y bien asentado en la seguridad de la conveniencia... Antes de llegar al final, la cafetera terminó su tarea y el farmacéutico interrumpió brevemente la historia, para servir el café.

El cliente concluyó su narración, declarando su intención de liquidar el asunto esa misma noche, durante la fiesta de fin de año de la empresa.

-Sí - asintió el hombrecillo -, ocasionalmente proporciono un veneno que no deja rastro. Lo hago sin coste alguno, si estimo que el caso lo requiere.

-Bien – le urgió el cliente -, démelo entonces, por favor.

-Ya lo he hecho - sonrió el hombrecillo -. Para cuando el café estuvo listo, ya había decidido que usted lo merecía. Como le dije, es sin cargo alguno. Ahora bien, el antídoto tiene un precio.

El cliente palideció al instante, y tragó con dificultad el nudo que se le había formado en la garganta. No obstante, consciente de la delicada naturaleza de la empresa, había tomado sus precauciones. No sin cierto azoramiento, sacó un objeto metálico del bolsillo de la chaqueta.

El hombrecillo rió calladamente.

-No se atreverá a usar eso. ¿Cree que podría encontrar el antídoto - señaló los estantes - entre todas esas botellas? Inténtelo. Dispone de, aproximadamente, diez minutos.

El cliente paseó una mirada nerviosa por encima de su cabeza.

-¿Cuánto por el antídoto?- gimió, finalmente.

-Un precio razonable. 500 euros. Después de todo, hay que vivir.

El cliente gruñó y bajó el arma, dejándola al alcance de la mano, mientras sacaba la cartera. Contó quinientos euros en billetes de cincuenta, retirados del cajero unos minutos antes con un propósito bien distinto, y los puso sobre la mesa.

El farmacéutico no hizo ningún movimiento para cogerlos.

-Otra cosa, para mi seguridad y la de su enamorado... Escribiré una confesión de sus intenciones, de sus iniciales intenciones de asesinarle. Se la enviaré por Whatsapp a un amigo mío. Él la conservará como evidencia, solo para asegurarnos de que no cederá usted a un posterior arrebató que acabe con la vida de ese caballero. O con la mía. Cuando vea las marquitas azules me sentiré seguro y le facilitaré el antídoto. Le traeré lo necesario.

El cliente comenzó a escribir, mientras el hombrecillo a sus espaldas alcanzaba un botecito de cristal sin etiqueta, mediado de Bisolvón antitusivo, y mezclaba unas gotas en un vaso con agua. Cuando el cliente hubo acabado, y el mensaje fue enviado, se lo acercó.

-Aquí tiene.

El cliente bebió con fruición, los ojos desmesuradamente abiertos. Después salió disparado de la rebotica empujado por la urgencia de la vergüenza. Con la mano en el pomo de la puerta, escuchó la voz del hombrecillo reclamando su atención:

-Ah, y algo más, aunque no sea una exigencia, desde luego. ¿Le importaría correr la voz acerca de mi veneno sin rastro, por favor? Uno nunca sabe, señor: quizá la siguiente vida que salve sea la suya.